

nuestro lujo pesa el odio de los vencidos. Poderosos de la tierra, armad soldados, aumentad vuestros ejércitos, entretened con ellos el peligro; para la guerra futura no han de valerlos. El soldado tendrá enfrente a sus padres, a sus hermanos, que vendrán del taller, del campo, en contra vuestra, y los veréis, desparvoridos, unirse a ellos, para luchar también contra vosotros. Ese día lucharemos todos; ellos, con el odio amasado con el dolor de cien generaciones miserables; nosotros, en defensa desesperada. Cataclismo espantoso, destrucción de un mundo caduco, germen de otro tal vez regenerado.


Romperás esta carta; me asusta haberla escrito. ¡Una princesa revolucionaria! ¡Qué lejos

estarán de sospecharlo en la corte, donde me llaman la princesa Hamlet, por lo triste y sombría sin duda. ¡Ay! ¡Pesas muchos cuidados sobre mi frente y la nublan muchas tristezas! Un anhelo infinito de hacer bien consume mi alma, y ¡puedo tan poco!... ¡Pequeñez de una grandeza que envidiarán y odiarán tantos! ¡Pobres y desvalidos de la tierra! ¡Cuando veáis pasar a esta infeliz princesa, entre el esplendor de su corte, no la miréis con odio! Ved que en sus ojos tristes hay lágrimas para todas las tristezas, miradas de compasión para todos los desdichados. Al pasar en sus trenes de gala, ve al niño descalzo, sucio, desarrapado, que la contempla con ojazos abortos; a la mujer del pueblo, abrumada de un

fardo, que con instinto femenil examina y compara mis adornos y sus andrajos; al albañil suspendido en el andamio inseguro y que se cuelga de él a mi paso y por la paletada de yeso arrojada después con rabia contra el muro, adivino un insulto o una amenaza... No me odiéis, no. Vosotros no sabéis que aquella noche no puedo descansar en mi cama endoselada de brocados, y en angustiosa pesadilla veo pasar niños sin madre, mesas sin pan, hogares sin lumbre, la cama del hospital, la celda del preso... y un río de llanto que lo anega todo: el llanto de todos los que padecen, y con él se confunde y corre el mío, de compasión inmensa por todos los que lloran.

PRESTIGIOS ESPAÑOLES

Don Francisco García Molinas y don Miguel Otamendi

 El Gobierno de Su Majestad ha concedido en estos días la Gran Cruz de Beneficencia a este preclaro benemérito de la Patria.

La figura del Sr. García Molinas se destaca con tan recia personalidad en el campo de la sociología española, que bien puede diputarsele como una de las primeras lumbreras de nuestra vida social.

No existe en Madrid obra benéfica alguna, sea cualquiera su índole y condición, a la que no esté íntimamente ligado el nombre, por mil conceptos ilustre, del Sr. García Molinas, para quien es ley de vida e imperativo moral de su conciencia el ejercicio continuo de la caridad y del altruismo.

Hay una, sobre todas las fundaciones benéfico-sociales instituidas en la corte, que dice por sí sola más que todo lo que nosotros pu-

diéramos aducir en honor y loa de la inmensa caridad de D. Francisco. Nos referimos a la «Asociación Matritense de Caridad», de la que es el Sr. García Molinas primero y principal fomentador.

Bastaría historiar la humanitaria obra llevada a efecto al frente de esta institución altamente beneficiosa, para venir en conocimiento de cuanto deben a este altruista patriota los pobres todos del pueblo de Madrid.

Pero es mucho más amplio el campo de acción en el que emplea su caritativa actividad la ilustre personalidad que nos ocupa.

Porque es, a no dudarlo, digno del mayor encomio y del aplauso más sincero, el subvenir solicitamente a las necesidades materiales de nuestros semejantes, dando de comer al hambriento, de beber al sediento y procurando vestido al desnudo; pero esto, que individualmente puede producir en nuestra alma la satisfacción inmensa de haber realizado una buena obra, no redundan nunca en beneficio de la sociedad, si lo tomamos como fin, y no como medio de un más elevado altruismo; procurándoles también la satisfacción de las necesidades del alma, amor al trabajo, odio a la ociosidad y al vicio.

Por eso decimos al principio que el señor García Molinas no es solamente una persona de sentimientos generosos, sino que es también un gran sociólogo.

En la memoria de todos está su constante labor para acabar de una vez con el vergonzoso espectáculo de la mendicidad, su colaboración asidua a la obra del inolvidable doctor Tolosa Latour, en lo que a la protección de la infancia se refiere, y últimamente la ley de Asistencia Pública, firmada por el ministro de la Gobernación, Sr. Burgos y Mazo, y cuyos rendimientos sociales no tardaremos mucho en ver.

La preciada condecoración que el Gobierno de Su Majestad ha colocado en el pecho de D. Francisco García Molinas, y que para todos nosotros es un merecido premio a su labor, será para él nuevo acuciamiento a su caridad y un poderoso estímulo para más grandes empresas.



EL DIRECTOR DEL METROPOLITANO, DON MIGUEL OTAMENDI, QUE EN LA FECHA PREFIJADA INAUGURÓ EL PRIMER TROZO DEL METRO COMPRENDIDO DESDE LA PUERTA DEL SOL A CUATRO CAMINOS.

Otra ilustre personalidad viene a honrar hoy las páginas de nuestra revista.

El joven ingeniero director del Metropolitano Alfonso XIII, es ya popular entre los madrileños y los españoles todos.

El incesante crecimiento de la capital de España exigía la construcción del Metropolitano, y cupo a D. Miguel Otamendi la indiscutible gloria de ser él, con su alta mentalidad y decidido entusiasmo, el iniciador y director de esta gran obra, que en nada tiene que envidiar a sus similares del extranjero.

El Sr. Otamendi llega en plena juventud a las cumbres de la gloria, para honra de su Patria y legítimo orgullo del Cuerpo de Ingenieros, al que pertenece.



EL SENADOR DEL REINO DON FRANCISCO GARCÍA MOLINAS, PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN MATRITENSE DE CARIDAD, A QUIEN LE HA SIDO CONCEDIDA LA GRAN CRUZ DE BENEFICENCIA.

\* \* \*